

Ricardo Dávila S.

## La poesía uruguaya

### II

El carácter distintivo del lirismo que nos presenta el señor Zum-Felde es la total obscuridad de figuras e ideas, cuando no su fantástica, delirante extravagancia que desborda todos los límites de lo concebible. Mil veces, ante estos versos pomposos y retumbantes, el lector se detiene como ante un indescifrable logogrifo, procurando vislumbrar lo que contienen estas anormales conjunciones de palabras y qué fondo psicológico, cuál enfermiza mentalidad presuponen. Pero, ¡vano empeño! ¡No hay más insoluble charada! Y ello, en plena solemnidad y arrogancia del verso, de los vocablos huecos y pretenciosos. Es el triunfo de la declamación a ultranza y de la insinceridad.

No ha de buscarse el origen de tal obscuridad en lo abstruso y complejo de los temas, en sus extraordinarias rareza y profundidad. ¡Nada de ello! los asuntos tratados por esta poesía no tienen tal carácter, no abordan arduas cuestiones ni describen intrincadas y sutiles emociones, no nos traen una nueva e impensada concepción de la vida. ¡Y aun cuando la trajesen! nada puede concebir con claridad el espíritu que no logre exponerlo con la misma lucidez con que lo entiende. No presumirá, por cierto, este lirismo de aventajar en originalidad y hondura de ideas a la reciente poesía europea. Y, sin embargo, véase con qué absoluta claridad, con cuán luminosa expresión, con qué

fuerza de comprensibles raciocinios e imágenes se abren camino hasta los menos preparados lectores el panteísmo de Goethe y de Shelley, el maniqueísmo de Byron, el nihilismo de Leopardi, la serena blasfemia de Vigny, la declamación atea de Mme. Ackermann, el culto de Leconte por el paganismo y la civilización que engendró, la espiritualista y noble filosofía de Sully-Prudhomme, las entusiastas inspiraciones sociales de Carducci, los sutilísimos y archirefinados sentires de Valéry, la psicología penetrante de Browning y la lírica fogosa, pletórica de imágenes y figuras de Swinburne. Todos éstos, y tantos otros poetas han sabido dar forma y absoluta inteligibilidad a sus pensamientos y emociones, ponerlas al alcance de todo el mundo. ¿Por qué, entonces, no hubieran podido lograr lo mismo estos vates orientales, por qué no habrían de haber infundido en sus poemas orden, luz, inteligencia y belleza? ¿Acaso es que han hallado nuevos rumbos al pensamiento, nuevos senderos a la especulación metafísica y moral—que no columbran ya los poetas europeos—y cuyos conceptos sean tan complejos e intrincados que no pueda exponérseles en el lenguaje ordinario e inteligible? ¿Cuál es, pues, esa filosofía nebulosa y recóndita que no logra imprimirse en la placa sensible del idioma? ¿Son, por ventura, esos sentires y emociones algo como las estrellas perdidas en el fondo del infinito y de que aun los más tremendos telescopios consiguen apenas revelarnos la existencia y traernos algún resplandor, siquiera sea tenue y fugaz? ¿Cuán halagüeña para la vanidad tal pretensión, pero a la vez, cuán decepcionante y engañosa! Sobre todo, ¡cuán falta de originalidad! Si en alguna materia pudo proclamarse que *nihil novum sub sole* es, precisamente, en poesía; y en ninguna aparece más notoria que en ésta la vacuidad del fondo que pretende encubrirse bajo herméticos términos.

Pero a falta de otras cualidades y méritos, poseen las poesías en estudio un atributo que de seguro no quisieron ponerles los autores y que, no obstante, arraiga ahí como una sanción de la estética ofendida: es una comicidad irresistible, tanto mayor

cuanto más en serio discurren y pontifican dichos poetas, comicidad que brota incoercible del contraste entre las ambiciones y petulancias de la forma y la pequeñez o nulidad de la idea que tan ostentosamente ataviada se nos exhibe. La inconmensurable desproporción, desconcertante al principio, nos mueve a risa. En el hecho, gran parte de esta poesía puede tomarse como una logomaquia, para hacer reír, como un *rebus* sin la menor pretensión ideológica. Ella nos hace recordar que en una de sus *Estromatas*, Clemente Alejandrino cuenta de los honores sagrados que en Egipto se les dispensaba a los gatos-dioses. Envueltos en regias telas, avanzaban los venerandos animalitos por las naves de los soberbios templos de piedra; todo el mundo, sin osar mirarlos, se arrodillaba a su paso. Algo de aquellas felinas divinidades nilóticas tienen estos versos: bajo el pintoresco y costoso ropaje se agita y se mueve, como allá la humilde bestia, aquí la torpe o banal o informe idea.

Para que no se me tache de exagerado o injusto, voy a transcribir sin comentarlas casi, algunas de entre los cientos de estas aberraciones del gusto y el criterio estético, de estos enigmáticos engendros que no revelan la inspiración de la Musa. Y puede el lector estar cierto de que sólo recuerdo una mínima parte de las que a cada vuelta de la página le salen a uno al encuentro. Hay en estas líneas todas las clases de anomalías, incongruencias y perversiones del sentido literario, incorrectos empleos de las palabras, maridajes imposibles de nombres y adjetivos, combinaciones de ideas e imágenes arrastradas de los cabellos, figuras incompletas o inexactas, proposiciones que son verdaderos acertijos o rompecabezas. De modo que, terminada la lectura del libro, el lector experimenta la sensación de haber estado, no en el Parnaso, en un hospital de la poesía.

Antes de iniciar este *syllabus* de extravagancias y dislates, pido a los lectores olviden todo precepto de la gramática o la lógica, todo embrión de actividad mental, y procuren, en cam-

bio, formarse una inteligencia de fiebre y de delirio, como quien se deja envolver por loca pesadilla.

Empezaremos el catálogo en la página 41, donde un poeta nos muestra:

«..... el tren lejano  
aullando de dolor hacia la ausencia».

¡Un tren que aúlla de dolor hacia la ausencia!

Poco más lejos (p. 44), leemos:

«¡Oh, la brega que jacta de viruta y de pieles!»

En la misma página agrega el poeta este donosísimo verso:

«Ríe estridentes glaucos el valle».

y el lector a buen seguro, se pregunta qué valle será ése que ríe cosas tan sibilinas y apocalípticas como unos *glaucos estridentes*...

... Pero estamos al comienzo de las novedades y rarezas: a la vuelta de la hoja (p. 45), el autor nos refiere que:

iba.....  
crispándome los abrojos».

¡Cualquiera entiende y se define esa crispación... de abrojos! Un paso más y el poeta nos propone (45) este pequeño problema a la vez de mitología y de matemáticas superiores:

«..... zodiacal Pentesilea  
símbolo de la eterna Geometría».

¿Qué tiene que ver con la adusta ciencia de las líneas la legendaria y fascinante reina de las Amazonas? ¿Por qué no la hizo el poeta encarnar mil otras cosas que lo admitían con más o menos remota plausibilidad? El autor encajó ahí a la geometría como pudo poner a la industria de plantar coles. Más adelante (49), el vate, remontado al empíreo, nos cuenta que:

«El cielo abre un gesto verde».

¡Qué infeliz reminiscencia del *silenzio verde* carducciano! Pero, he aquí una cosecha para los maestros de la paleta, una nueva ciencia, el cromatismo de los gestos, gestos azules, negros, blancos, de todos los colores del espectro; esta gama de los gestos es todo un maravilloso hallazgo.

Ahora, inquieto yo por la salud de los lectores, les ruego que retemplen sus nervios y sólidamente se afiancen en el sillón antes de echarse al cuerpo esta cuarteta (p. 51) de trascendentes lucidez y lirismo:

«frunce el erial su desecho,  
mientras disuelve y rehusa  
el borbollón de la esclusa  
monólogos de esquimal» . . .

¡Cualquiera, así sin más, reúne esta cantidad de cosas: un erial y su desecho, un borbollón de esclusas y los monólogos de un esquimal! ¿Se entiende? «Je vous le donne en vingt», decía un chistoso francés a otro, indicándole la dificultad de hallarle atadero a una cosa. Nosotros le daríamos ésta en ciento o en mil . . . y quedaríamos en la misma actitud de asombro, de incertidumbre de estar despiertos y de leer bien lo que tenemos delante. ¡Miren ustedes que *fruncir un desecho!* ¡y rehusar un borbollón los monólogos de un esquimal! Nada digamos del per-

fume y limpieza de las imágenes...; todo ello es de un lirismo que el mundo entero sabrá apreciar...

En la propia página 51 hallamos un ejemplo de transcripción que deja corta y humillada a la famosísima de «en una de fregar cayó caldera». El autor moderno escribe, con imponderables novedad y gracia:

«Y hacia la noche de opio  
abren, los pozos de ciencia  
el ojo de una conciencia  
profundo de espectroscopio».

No lo pongan en duda los lectores: este «profundo» se refiere a «ojo». Y ahora ¡no asustarse los leyentes! cuando en la página 83 vean acercarse una

«..... gran culebra  
sacudiendo su ancho cuello de voces».

Después de mucho meditarlo, he llegado a vilumbrar que puede tratarse de una serpiente cascabel. Pero—hay un pero—jese cascabel no lo llevan los reptiles en el cuello sino... en la cola! ¡Leve pormenor anatómico!

Un poeta—algo materialista ha de ser—nos habla (p. 87) de cierto

«sollozo que al azul arroja  
el alma doliente que allá dentro cruje».

Ni más ni menos que una mesa o un banco crujen las almas para este bardo.

Todas mis capacidades hermenéuticas han fallado en la empresa de siquiera maliciar el sentido de estos otros versos, (p. 96):

«cubre los pichones insaciables del ruido  
 .....  
 soportar el peso  
 de un castigante collar de llanto».

¡Qué falta hace aquí un Champollion que nos descifre esta charada!

Ni las leyes de la física respetan algunos de estos portali-  
 ras. En nombre y ejercicio del lirismo, uno de ellos nos habla,  
 (p. 96) de:

«el agua cóncava de la espera»,...

Pregúntase uno todo intrigado qué cosa puede ser un *agua de la espera*, y cómo pueda dicha agua ponerse cóncava. ¡Misterio y más misterio! Y a todo esto, ¿qué es de la poesía? se dirá el ingenuo y paciente lector. Por cierto que no es en el verso que sigue (p. 101) donde la encontrará:

«..... la Nada,  
 Herramienta de sueños equipada  
 Para irse y nunca más volver».

¿Ven Uds. la profunda metafísica de la figura? La Nada, que por definición es... eso, nada, convertida en herramienta, ¡adiós filosofías! y en herramienta con equipo de turista que no tornará. Claro está que sobre esta entidad así arreglada puede construirse un vasto sistema de nihilismo... si la herramienta ha de ser de sueños, se entiende...

Poco después (p. 103) se instruyen los lectores de que *existen juguetes con audacia*, ya que:

«él como juguete con audacia quedó».

Tema de ardua disquisición: ¿en qué consistirá la audacia de un juguete? ¿o la cobardía del mismo si lo uno presupone lo otro?...

Desde los tiempos de Leda, fueron siempre los cisnes aves predilectas de los portaliras; no se cansan de celebrar su elegancia y albura inmaculada. He aquí (p. 103) como uno de ellos ensalza al esbelto palmípedo:

«O con gesto de cisne...  
dormir su ilustre nieve».

El *ilustre* resulta impagable de oportuno y novedoso. Pero díganos primero ¿qué es «dormir su nieve»? ¿Acaso arcano del cabalismo?

Problema para anatomistas y mitólogos es el que propone otro de estos poetas cuando escribe (p. 104):

«Trocóse en ascuas  
.....  
la perfección divina de aquél ser...  
a lo largo del muslo de los dioses».

Lo del muslo ése va con los teólogos y galenos; pero lo que reza con todo hombre de sentido común es que una perfección divina se trueque en ascuas... y eso a lo largo de unos muslos, sean o no divinos. Para casos apurados como éste. Mme. de Sevigné, la graciosa y encantadora, tenía su salida: «j'en jette ma langue aux chiens». Tendremos nosotros que imitar a la amable marquesa.

Pasemos por alto unas

«obediencias de resplandores» (p. 106)

y una

«manzana metafísica  
cuyo mordisco al fin es amargo darlo sin medida» (p. 108)

¿Es la manzana quien muerde? está a la vista que sólo a ella puede referirse el *cuyo*, a no ser que sea el mordisco el que muerde a la manzana... con metafísica y todo...

Hagamos vista gorda ante:

«los cimientos de una casa estoica», (p. 108)

que ignoramos en qué se diferencien de los de las otras casas y si existen en contraposición a los de casas epicúreas o platónicas. Pero no podemos pasar, sin comentarlo, sobre este pequeño problema de física recreativa que imagina otro poeta, (p. 116):

«..... el fuego pálido  
pegó polvo con polvo y ató gota con gota».

No como se quiera cabe realizar tal prestidigitación: jatar una gota con otra! ¡pegar con fuego dos polvos! Este poeta puede reírse de Marconi, Edison y demás brujos de la física,

Por primera vez, hallo en estas páginas una nota ¿cómo diré? no es precisamente delicada, pulcra, y elegante, aquí en Chile dicen *siútica*. ¿Y puede calificarse de otro modo la que dan estos versos? (p. 116).

«Agitas una sed toda abierta a la luz  
Y un corazón sangriento y fino».

¡Qué épica, y cuán estupenda la cópula de estos dos epítetos! Sabíamos que cabía tener sed hasta de luz, y ahí está Goethe que no ha de contradecirme; pero una sed *abierta*, aunque sea a la luz, es un colmo de dipsomanía. En cuanto al adjetivo, *fino* allegado a *sangriento*, es lo sublime de lo cursi.

A los muchos misterios—y harto escabrosos y hondos—del catolicismo habrá que agregar en adelante el que proclaman los siguientes versos (p. 118):

«Los números a mi lado,  
en mitin prodigioso, ayunaban, andando  
frente a la prédica de los heresiarcas».

Unos números que ayunan frente a una prédica de heresiarcas es algo que ni en medio de la más angustiosa pesadilla puede imaginar una inteligencia humana.

Otro vate nos trae al recuerdo el celeberrísimo viaje de Astolfo a la luna, de todos conocido. Agregaré que ambos viajes tienen el mismo insuficiente resultado: uno y otro turista regresan sin el perdido buen juicio. Dice, pues, el poeta de hoy, (p. 119):

*«¿Qué sorda densidad del Universo  
Fuimos trepando hasta alcanzar la vida?»*

Lo verdaderamente extraordinario es que haya alcanzado la vida «trepando por una densidad»... siquiera sea esa densidad la del universo.

Por suerte, la página 120 me depara unos cuantos versos en que el comentario está excusado por inútil e imposible:

*«Esta espantosa cabeza mía  
pálida de fiebres sublimes  
y fina de cortar la sombra  
como la espada de una estrella».*

Y proclamo inútil el comento porque, vamos a ver, ¿qué puede siquiera—no digamos racionalmente—líricamente, ser una cabeza fina de cortar la sombra, y qué la espada de una estrella?

Otro tanto digo—como nitidez de la ideología y suavidad de la armonía—de la siguiente frase, (no cabe llamarla verso): (p. 125):

«Las vivas corrientes multicolores que llenan, sin disminuir, el esfuerzo que acentuándose continúa».

A buen seguro hay un sentido esotérico en esas «corrientes que llenan un esfuerzo»... tal vez porque son vivas y multicolores y logran así que el impulso continúe acentuándose. Si esto no es la claridad meridiana, a fe mía que ignoro donde pudiera hallársela.

El mismo estro lírico resplandece y nos cautiva en las pintorescas líneas siguientes, (p. 127):

«Y levantaré.....  
discos livianos de joviales rapideces  
y campanillas verdes más ligeras y vivas que el brillo de las risas».

Aquí la confusión de las sensaciones pondría en aprietos verdes, (¿es por lo visto el color de moda?) al más sutil psicólogo.

En esta colección—y por algo es Florilegio—hay para todos los gustos y profesiones. Tócales ahora el turno a ingenieros y militares. Un poeta les endereza este explosivo versito, (p. 132):

«..... mi cabeza  
es como un ave de profunda guerra  
hiriéndose en las dinamitas celestes».

«Assumpto de grandes ingenios», diría Cervantes, dilucidar qué pájaros son éstos de profunda guerra, y cuáles son esas «dinamitas celestes». Un hecho queda de manifiesto: cuán peligrosa vecindad es la de un poeta con tal cósmico explosivo metido dentro el cráneo...

Nos vuelven a la prosa tranquila e insignificante estas otras líneas, (p. 135), cortadas en forma de versos:

«No seré solo  
una  
columna de humo. Habré  
muerto...»

¡Qué honda paráfrasis del *non omnis moriar!* Nosotros, cristianos piadosos y observantes, añadiremos por todo comentario un *requiescat*.

¿No fué Talleyrand quien enseñó que la palabra le ha sido dada al hombre para que oculte su pensamiento? Pues así lo practica el poeta que encubre el suyo en estos sibilinos versos, (p. 167).

«Aquel que tiene dentro de su garganta días  
Lleva bajo del párpado, el grano de las noches».

El autor se sale con la suya de que no le entendamos. ¡Qué insondable misterio hay en esas noches metidas dentro de una garganta y en esos granos de noches escondidos bajo el párpado!

Hay en el mismo poeta una desbordada afluencia de imágenes; véase una muestra de ello en la propia página:

«Aquel a quien perfila  
Clarín de recio brote  
Luego se hace arpa fina  
Miel resonante y lluvia de otoño».

¿Y nada más, ningún otro avatar? se pregunta el lector. A vivir aún Ovidio, agonizaría de envidia, viéndose superado así en materia de metamorfosis... Pero demos todavía otras muestras de la exaltada imaginación de este bardo. Ahí mismo se dice:

«Yo estrella sin almohada, descanso en la ceniza».

y pocos versos después esta primorosa figura:

«Su sueño es el trigo de la luna».

y en el reverso de la página, (168) este símil admirable:

«Tapiceros finísimos como músicos  
Endulzan mares viejos...»

¿Cómo se las compondrán esos tapiceros para endulzar mares, y no mares cualesquiera sino viejos?... En la página 171 resalta esta refulgente, delicadísima figura:

«Clamará todavía  
En este *caracol de la delicadeza*».

Otro autor que quiere ejercitar la sutileza de sus leyentes, les somete el siguiente enigma en que rivalizan obscuridad de concepto e incoherencia gramatical, (p. 175):

«Estos ojos que ven las profundas bellezas  
No te sostiene el peso de la más simple lágrima.  
Tiembla mi desnudez, la fiesta de la piedra,  
Mi trigal hacia ti encendido de muertes».

Tales líneas no son propiamente versos sino una morcilla en que el autor ha embutido cuanto ingrediente halló a mano, en revuelta confusión las bellezas profundas con las lágrimas, con las desnudeces, fiestas de piedras, muertes y trigales. ¡Ya está confeccionada la salchicha!

Todavía un paso más, y, de nuevo ¡sorpresa!; nos la da un poeta que escribe, (p. 178)

«Hacia las velas dulces cerradas como frutos  
Trajeron más mi noche, que esta *herida en la estrella*».

En rigor, es concebible que el vate entendiese lo que estaba escribiendo. Pero, ¡que lástima que no podamos los lectores decir otro tanto! Porque, a no dudarlo, eso de «la herida en la estrella» debe tener algún arcano y altísimo alcance poético. Lo que, en cambio, está de manifiesto es que los astros no salen bien librados de la pluma de estos vates. ¡Cuántas estrellas mal heridas llevamos ya en la cuenta de estos versos!

Si las líneas anteriores algo dejan que desear en punto a inteligibilidad, por grata compensación todo el mundo admirará la nítida, inefable armonía, el luminoso sentido de estas dos que nos aguardan en la página 179:

«Se hizo miel del broncero y fué remo con gruta  
Puliéndome el pozo bajo espada de piedra».

¿Es de un bardo vulgar reunir así en un dístico todas estas cosas heterogéneas, descubrirle miel a un broncero, gruta a un remo, y pulir un pozo bajo espada de piedra? (Conste que esta espada no es un artefacto prehistórico; a lo menos no lo da por tal el autor).

Leamos sin comentarlas estas líneas, (p. 183):

«Y los juncos del viento exprimían  
sus blandas campanas florecidas, torres de los perfumes».

Y lleguemos de una vez a una de las maravillas de esta Antología; está en la página 184, y confiese el lector que nunca leyó nada más regocijado y melódico, nada más coherente y de más perspicua ideología,

*Diamante único de las estirpes,*  
trébol sonriente inclinado sobre el pozo de mi muerte,  
piedrezuela de sol en el río de mi ansia,  
me golpea el lirio inmarcesible de tu recuerdo».

Parecen datar estos versos de la época en que a un sillón se le llamaba «les commodités de la conversation» y al espejo «le conseiller des graces». Pero, con todo, apenas si pueden ellos emular con estos dos versos que leemos en la siguiente página (185).

«Irredimida cumbre doblega para siempre  
la espiga sin alba de la noche».

Qué sea esta «espiga sin alba» es lo que esperamos venga a esclarecer algún vidente. Por lo demás, ¿qué gracia es que una cumbre—suponemos sea la de alguna montaña—doblegue a una espiga, máxime si la tal cumbre es «irredimida?».

Al pasar, un pintoresco verso nos llama la atención, (página 189).

«Lunas de gelatina lamen vuestro regreso».

¡No es poco lamer! Diez páginas más allá, (209), otro chispazo de ingenio:

«Tritón de vientos con azar cerrado».

Cierto poeta de jocosa vena, (p. 210) nos brinda la siguiente macedonia:

«Labios, veranos, hielos funerales;  
nublada miel, panal desafinado».

No vayan Uds, a figurarse pequeña proeza la de acumular todo este acervo de objetos inconexos; respondo de que en ello el autor gastó una semana y quedó con el meollo reblandecido... sobre todo al completar la pintoresca nomenclatura con

«el faisán de la fiesta lastimado»,

que es el *morceau de résistance* del poemita.

Para los admiradores del sexo infiel—¿se necesita mayor determinación?—para éstos copio dos versos que les marcan una excelente pista, si hemos de dar crédito a la pintura de otro poeta, (p. 227).

«Y estas mujeres del mar  
que florecen carnes temblorosas de lejanías».

Todo un aperitivo estas «carnes temblorosas», aunque lo sean de «lejanías». ¡Una nota sensacional en punto a femeninas carnaduras! Hay que volar a la playa...

Un último ejemplo de supino lirismo y concluyo; lo encuentro en la página 226, donde un imaginativo poeta nos declara:

«Yo soy la pagoda del viento y de la estrella,  
Pero siento inclinado un hombro a la ternura  
De una luna arrugada que me tiembla».

Curioso mortal éste a quien la ternura se le carga a un hombro, y no una ternura ordinaria, sino la que le inspira una luna arrugada que le tiembla. A la verdad, no es de alabarle el gusto por la rugosa amante, y fuera de desearle que el hombro no se le cargase a lado ninguno. Urge, por lo demás, prevenir a ingenieros y arquitectos que en adelante las pagodas, sean de viento o de estrellas, gastan hombros como cualquier hijo de mujer. Veremos como traducen eso en la piedra...

Cual coronamiento y remate de todo lo hasta aquí dicho, véase la grandiosa forma estrofal que alguno de estos poetas da al desatino. Dice: (p. 212) en una bíblica invectiva contra «El Gris Profesor»:

«¡Ah, gris profesor! ¡gris profesor!  
 antes de medianoche ya dormido.  
 En la hora en que se desmayan las barajas  
 bajo la sonrisa biselada de Casanova:  
 en la hora del submarino ajusticiado donde un lápiz sin  
 [sueño señala

el punto exacto de la muerte,  
 y llegan los ahogados de smoking  
 a la isla en que van a podrirse sus corbatas;  
 en la hora en que desciende la desnudez  
 hasta sentir el roce de dos auroras  
 (crema y plata los senos  
 ¡ah, crema y plata!  
 náufragos en brasas  
 gemelos sabores cautivos  
 bajo la generosidad del Diablo);  
 en la hora en que se mueven sobre un campo tibio  
 los perros de cobre guardianes de la luna,  
 y nace la química melodiosa y verdadera de este canto,  
 la física encendida,  
 la geometría que llora,  
 ¡ah, gris profesor!  
 lejos de tus sílabas de tiza, de tus imanes falsos, de tus  
 [vuelos decapitados,

lejos de tu libro,  
 trampa de nieve y tinta,  
 donde puede quedarse perdido un poema  
 si no se oye el violín que está emboseado en las estatuas».

Convendrán conmigo los lectores en que el gris profesor queda  
 cruelmente vengado de esta diatriba por los propios versos que  
 tiran a ultrajarlo....

\* \* \*

Después de estas citas y de las aducidas en mi artículo anterior—amplia cosecha en una breve antología de 150 páginas—volvamos una vez más a la seriedad, al arte verdadero y noble, digno de nuestras admiración y aplauso. Todas estas pirotecnias retóricas, estos malabarismos y acrobacias literarias, el perenne rebuscamiento en la expresión de banalidades, la afectación e insinceridad nos han alejado del gran lirismo. Este es algo más, muchísimo más que una improvisación de buena voluntad o que un gesto presuntuoso y desafiante: es el fruto de una espontánea, natural inspiración, de fina sensibilidad a la vez que de un incansable trabajo de elaboración. Como el diamante de los criaderos, necesita la poesía una prolija y delicada labor que de ella separa la escoria y pule y bruñe sus facetas para hacerla irradiar por doquiera sus luces. Grave yerro es cifrar la poesía en lo sorpresivo y extraño; y aun mucho más lamentable—porque eso fuera la muerte de todo lirismo—reducirla a la ecuación: *vesania = poesía*. (1),

No debe olvidarse que la imaginación, alma de la poesía, es, aun en sus más altos e inesperados vuelos, forma y función de la inteligencia y obedece como ésta a reglas que, no por elásticas y a ratos poco definidas, dejan de existir y de imponerse como se imponen a toda otra operación intelectual. De modo

---

(1) No ha de creerse que escribo esto a humo paja. Es la síntesis de prolongadas lecturas confirmada por la conversación que en cierta oportunidad tuve con mi distinguido amigo y refinado hombre de letras el Dr. don Augusto Orrego Luco. Leyéndole yo una vez poesías de uno de nuestros vates decadentes, el doctor, después de escucharme un rato, me dijo: «pero eso que Ud. me recita son textos de los que por centenas se compulsan en los libros de psiquiatría. Va Ud. a ver». Y cogiendo un volumen no sé si de Charcot o de Grasset, me leyó a su turno algunas frases y pensamientos que tenían trágica semejanza con los poemas que yo acababa

que no se concibe una imaginación irracional por principio, una imaginación absurda, ilógica o contraria a las normas básicas de toda ideología. Ni puede la imaginación hacer lo que se le antoje y salirse del molde y de las actividades que a la razón— en su aspecto de sensibilidad artística—prescribe la naturaleza humana. De ahí que el esfuerzo del lírico deba ceñirse a encuadrar sus más temerarios y desorbitados conceptos e imágenes dentro de los límites y modalidades de una operación intelectual. Debe, como prístina e ineludible exigencia de su pensamiento poético, someterlo a los cánones genéricos de la expresión y del lenguaje, y a las que el lirismo, no por serlo, puede substraerse.

Pudiera, tal vez, argüirse que las extravagancias e incongruencias que acabo de comentar son meros accidentes, los mínimos detalles de una obra lírica muy amplia y exaltada, que en su impetuoso curso toca a todos los grandes problemas, sentires y emociones de la humanidad, a sus ideas más hondas y fundamentales. Las deformidades y aberraciones que dejo señaladas vendrían a ser entonces como las grotescas o diabólicas figuras que exornan las vetustas catedrales y que no comprometen la pureza y majestad de sus líneas, la simplicidad sublime del diseño. No es así, por desgracia; verá el lector que también aquí, puesto en la balanza de la estética, el lirismo de la Antología resulta liviano y de vil precio. Es el último capítulo de mi crítica; espero demostrar en él que si esta poesía falla por la for-

---

de leer. «Y para que Ud. se convenza de que estas lucubraciones son clásicas en patología mental, le agregaré que ellas figuran ya en obras de amplia divulgación, en los grandes diccionarios». Y tomando no sé cual tomo de la Grande Encyclopédie de Lamirault, siguió leyendo nuevas y nuevas frases de la misma anormal literatura que yo tenía en la mano. Siento que no estén a mi alcance algunos siquiera de los textos comentados por el Dr. Orrego, porque merced a ellos podrían los lectores formar concepto propio de todo lo que en esta poética hay de vicioso, de lindante con la patología.

ma, no contiene tampoco una materia poética, un fondo que compense y salve la insuficiencia de su presentación artística.

Es, por lo demás, el juicio que al señor Zum-Felde le merece alguno de estos poetas uruguayos y que yo no vacilo en extender a la mayor parte de los que aquí escriben. Dice en su prólogo el distinguido editor que una categoría de este lirismo «se reduce a un lenguaje de pura alegoría, en el que la palabra ha perdido ya todo valor concreto, objetivo, común, para tornarse cifra metafórica de la subjetividad, signo misterioso de una cábala lírica». Es eso: la poesía náufraga, hundida en un cenáculo cada vez más estrecho. Es decir—comentando el juicio del señor Zum-Felde,—que éste es un lirismo palabrero, confuso y nebuloso, todo lo contrario de preciso y sobrio. El gran mérito de la nitidez y concisión que pule y robustece la idea para darle relieve no brilla en esta poesía: ella es la perfecta antítesis de un soneto de Heredia, de una elegía de Leopardi o de un poema de Shelley. Así como franceses y británicos aspiran a decir mucho en pocas palabras—*multum in parvo*—este lirismo uruguayo tiende a decir en interminables líneas... muy poco y suele no decir nada. Se ha producido ahí, como en la Europa de los últimos lustros, y por análogas causas, idéntico malestar literario, una depresión del lirismo que coincide con una crisis de la alta inteligencia en general. Un autorizado crítico así diagnostica la naturaleza y síntomas del mal en el campo de la poesía; y lo que él afirma de algunos vates franceses tiene plena aplicación a los poetas uruguayos, explica sus tendencias, procedimientos, y finalidad artística. (1) «Creyó él—escribe de Mallar— que cabía hacer poesía pura, reducir las palabras a no ser « sino sonidos musicales productores de emoción, evocadores « de imágenes, despojarlas de su sentido inteligible—banal a sus « ojos—por cuanto usual. Imaginó poder prescindir de la es-

---

(1) Gust. Lanson, *Histoire de la Littérature Française*, 19e. édition. París, 1925; p. 1129.

« estructura que imponen a la frase la lógica y la gramática, y  
 « combinar las palabras únicamente según el ritmo que en él  
 « cantaba y las asociaciones que ellas espontáneamente forma-  
 « ban... Buscó en sí para traducirlo en su arte lo que había  
 « en él de más incomunicablemente individual. Tentativa seme-  
 « jante estaba destinada a fracasar». Y más lejos, (p. 1169) ex-  
 plicando la difusión de estas doctrinas literarias por la existen-  
 cia de cenáculos poéticos, añadía Lanson, en palabras de perenne  
 actualidad: «En cambio, en esas capillas hay una cierta inclina-  
 « ción a considerar como obra maestra lo que no tiene más mé-  
 « rito que el de azorar al público y escandalizar a la Academia.  
 « Desarróllase en ellos, por desgracia, un espíritu de admiración  
 « que casi no deja lugar a la crítica sincera ni a los consejos  
 « útiles, a la vez que un hábito de rivalidad y de puja en la  
 « invención de las más extravagantes fantasías. Se constituye  
 « un hábito de buscar lo extraordinario, lo excepcional, del que  
 « fácilmente se pasa a lo excéntrico; se define a lo bello por lo  
 « raro y lo singular... Uno se aleja de la verdad universal, de  
 « la hermosura simple que nunca dejan de producir su efecto  
 « en ningún espíritu delicado... y se aplica a hacer sentir al  
 « público que el escritor que uno nada tiene de común con él  
 « ni con otro hombre alguno del mundo».

Este concepto de arte, que acusa cansancio intelectual y falta de originalidad, ha contagiado a las literaturas hispano-americanas. Reservando para mejor ocasión estudiar sus efectos en nuestro país, hablemos por ahora del Uruguay, ya que a ello nos invita este Florilegio.

La imitación de las letras europeas aparece aquí de resalto: estos poetas la siguen con estrictez y devoción rayanos en ciego servilismo, sin sombra de libertad en la elección de temas y modo de tratarlos. Cuando más alardean de independencia es cuando más esclavos de la moda se revelan, más ceñidos a todas las aberraciones de una literatura que en su patria de origen estaba ya proscrita y olvidada. No existe en ellos novedad al-

guna sino sujeción inconsulta a las más vanas y antiestéticas recetas retóricas. Esta poesía es un retroceso al primitivo comienzo del arte, cuando aun los procedimientos de éste no habían adquirido su pleno desarrollo, la seguridad de sus líneas, la universalidad y amplitud de sus inspiraciones. No son estos poetas creadores de ideas, emociones y moldes literarios y para simular todo esto necesitan adoptar una actitud, una *pose*, salirse, en consecuencia de lo verdadero y natural y hundirse en lo ficticio e insincero. En el fondo de todo ello, un total desconocimiento de lo que constituye la esencia y finalidad de la poesía.

Una sucinta inspección del «Índice» pone de manifiesto que faltan en él los más excelsos e inspiradores temas, los sentimientos y conceptos que forman la grandeza y esplendor de las culturas, esas emociones y entrañables afectos, los anhelos y entusiasmos que son alma y vida de los pueblos. Nada digamos de la poesía mística y religiosa que, si en los supremos artistas europeos del moderno lirismo (Goethe, Lamartine, Wordsworth, Vigny, Leconte) sólo de sorpresa suele aparecer, en éste del Uruguay ni siquiera asoma; ni tampoco de la meditación filosófica de que tantos, tan magníficos y aun sublimes modelos nos brinda el lirismo no-español. Esa poesía que se inspira en los eternos y trascendentales problemas de la sociedad y el individuo, esa poesía que inquiere los orígenes y destino del hombre, las fluctuaciones de su marcha en la historia, su puesto en el seno inmenso del Cosmos, y que pinta la lucha humana contra la naturaleza que la envuelve y tiende a dominarla, todo eso que es la esencia de nuestro ser, la centella que ilumina y orienta a los máximos artistas del último siglo— a un Goethe, un Leopardi, un Carducci, un Shelley o un Sully-Prudhomme— sólo de casualidad suele florecer aquí y dar frutos de lirismo. No hallamos, por cierto, en estas páginas la honda perspicacia psicológica de un Browning o un Mateo Arnold, la ditirámica inspiración pagana de un Swinburne, pletórica de imágenes e ideas,

ni la retórica grandilocuente de un Hugo, que, si no resuelven, plantean, por lo menos, y discuten aquellos misterios que son honra y angustia de la humanidad pensante. No puede pedírseles a los poetas de esta Antología—y nadie lo pretende—que igualen a esos extraordinarios bardos, nutridos de griego y de latín y a quienes las Musas besaron en los labios y la frente. Pero cabe, siquiera, pedir a esta generación que dé muestras de conocer tales problemas y de que a ellos, a su solución están vinculados el porvenir y ventura de la especie humana. Mas estos versos no nos responden... ¡Y si fuese ésta su única omisión! Es un hecho que el patriotismo, por ejemplo, el culto por la patria que nos arrulló en su cuna, por el hogar que nos formó, que al modelar nuestro espíritu nos infundió la savia de méritos y virtudes, de nuestros invencibles impulsos al bien y lo bello, tampoco encuentra aquí un verbo que lo proclame como la segunda alma de todo hombre civilizado. La noble ambición política, el férvido tumulto de las luchas cívicas, de las actividades ciudadanas, el recuerdo de los días inmortales de la historia, la apoteosis de la tradición con los heroicos ejemplos que propone a las sucesivas generaciones, nada de esto—que es la médula y sangre espiritual de los pueblos—resalta en las páginas que estudio. Ya esto fuera por sí solo una falla, más que estética, moral y de cultura. Pero el ensimismamiento, el egoísmo avasallador van más lejos aun; tampoco hallamos en estas páginas el dulce calor de la caridad y la beneficencia en su acendrada virtud, ni el amor y exaltación del saber, de la taumaturgia fantástica de la ciencia. Sólo por casualidad aparece en estos poemas un concepto general de la vida y sus destinos supremos. Cuando más se remonta el autor en la vida social, el más vasto panorama que contempla y que deslumbra su vista es la urbe moderna. Sólo que de ella ve y admira únicamente la agitación tumultuosa y aturdidora, el vértigo de la proteica actividad material; no ahonda en el alma de esas Babeles de magia, no analiza la fuerza espiritual que alza y mantiene en pie y

rige las gigantescas colmenas que encasillan y aprisionan en sus innúmeras celdas a los individuos. Si allá a la distancia divisa unas chimeneas, o aun más lejos, algún molino, no es el impulso generador de todo ello, el esfuerzo de la pujanza mental humana, su enérgica y potente concepción del porvenir y del progreso lo que celebra y canta: es la apariencia concreta del fenómeno, su función industrial lo que atrae la atención del bardo y conmueve y arranca melodías a su plectro.

Pero ¿a qué prolongar este catálogo de las deficiencias de un lirismo? si bastaría agregar que aun los más íntimos y subjetivos de los sentimientos y anhelos humanos están preteridos en esta poesía, que no hay espacio en ella para el amor de padres e hijos, para la ternura conyugal, para la misericordia por el dolor ajeno, y que hasta la trágica y dominante imagen de la muerte es tema de hueca declamación antes que de un sentido y profundo comentario poético... En estos versos no alumbran el cariño y respeto entre padres e hijos, y mucho menos la palabra íntima, dulce y penetrante de la amistad. De todos los grandes resortes de la actividad humana—y por tanto de la civilización—no sé cuales son los que aplaude y glorifica este lirismo. Es una aridez de la imaginación, un silencio del corazón que ningún oasis del sentimiento, ninguna brisa de la fantasía vienen a embellecer y alegrar.

Parecía indicado que las poetisas, con su gracia y ternura, con la refinada suavidad de su temperamento y emociones y con la exuberante sensibilidad de su ser, hubieran puesto en esta obra algún destello de altruísmo y personal desinterés o infundido algunos effluvios de esa piedad maternal característica del sexo; que en ellas la hija y la madre, la esposa y antes que todo la cristiana hubieran lanzado siquiera una nota en el concierto del lirismo. Tenían el ejemplo incomparable de Mme. Ackerman que en versos vigorosos y de arrastradora elocuencia describe las grandezas y miserias de nuestra estirpe y la final vanidad de toda existencia; tenían el ejemplo maravilloso, único en

su fuerza y variedad, de Ada Negri, que ha abordado con estro viril y apasionado todos los grandes y complejos problemas de la vida y la sociedad, a la vez que las más íntimas y tiernas emociones del hogar. Pero estas Musas uruguayas no los han seguido; se limitan a cantar con frenesí el amor al hombre, al amante que a toda hora llevan en la sangre, en la mente, en el recuerdo. Todo lo demás, hijos, padres, marido, familia, amistad, comunión con la naturaleza y su autor, místicos arrobos, o no existe para ellas o se ha hundido en el abismo insondable del amor-pasión carnal, fisiológico. Estas artistas orientales no hacen más que parafrasear el verso esplendente y divino en que, hace 26 siglos, la mayor poetisa de todos los tiempos resumía la esencia y actividad supremas del alma femenina: «*amo y deseo*», suspiraba Safo, sintetizando en estas vibrantes palabras los anhelos, la existencia entera, el destino de la mujer.

Pero, se dirá entonces, ¿qué es lo que ellas y los bardos uruguayos cantan y celebran? Faltos de aquellos sentimientos e ideales, ¿a dónde van sus votos y aspiraciones, cuál impulso palpita en sus espíritus, los guía y exalta, los hace exultar de lirismo? Creo yo que cabe resumir en dos o tres palabras la respuesta: un desenfrenado egocentrismo y un espectacular exhibicionismo; y quien dice espectacular piensa: insincero.

En general, estos autores, como ya arriba lo definió Lanson, sólo piensan en sí mismos, en las mínimas características de sus ansias y emociones, en lo más anormal y enfermizo de ellos; se esmeran en describirnos las repercusiones de la vida contemporánea en su yo, las alternativas, cambio y evolución de su personalidad ante el mundo eterno y al contacto de éste, pero no en un contacto con el ser total del poeta en sus más altos vuelos y más hondos conceptos, sino con muy circunscritos y secundarios aspectos de él, con su faz de detalles, material, con la parte menos especulativa y sentimental de su alma. Repito, de nuevo, que esto no reza con las poetisas, que se muestran

enteras en toda la fiebre de su único sentimiento, la pasión amorosa, y con ello entregan la clave de toda su personalidad.

En busca de novedad y relieve para sus creaciones, fíngen-se estos poetas raros estados de alma, estrafalarios, y que un clínico llamaría morbosos, próximos a la neurosis, en todo caso mentalidades netamente irregulares acompañadas de sensaciones y conceptos asimismo enfermizos y extraños. Es el medio que tienen de diferenciarse entre sí, de captar la atención del público. Todo ello después de un tenaz y agotador esfuerzo para extraer del fondo del propio ser el raro matiz de sensación, la insólita y desapacible armonía, el concepto artificioso y nunca antes discurrido, la veleidad o capricho en el rebuscamiento que han de formar el distintivo literario del autor, la característica de su poesía. Si no por bellos, es preciso que siquiera por recónditos, alambicados y torturantes cautiven sus poemas. Hay, de consiguiente, entre estos vates, una carrera a lo anormal y peregrino, a lo artificioso y forzado que cansa al lector en cuanto logra percatarse del manipuleo. Porque poco tarda en producirse la impresión de lo no natural y espontáneo; a las primeras páginas se advierte ya el esfuerzo en pro de la originalidad, el deliberado propósito de aturdir al leyente extremando la nota de lo irregular e insólito, el ansia de revelarse personalísimo *invita Minerva*. Cada poeta aspira a superar al otro en la pintura de más extraordinarios casos, de más aberrantes y herméticas ideas, de más enrevesadas y estrambóticas sensaciones e imágenes. Siguiendo estas aventuras de la fantasía loca, el estilo se vuelve cada momento más ininteligible y tenebroso. De ahí las figuras barrocas; el verbalismo desconcertante, las estupendas y punibles violaciones de la sintaxis, los ultrajes al idioma, que hacen recordar la chistosa ocurrencia del otro: «ce qui ne vaut pas la peine d'être dit, on le chante». Hasta que el lector se escapa de esta lectura a respirar el aire sano y puro del campo libre y la naturaleza eterna. Y se pregunta uno entonces, ¿qué sería del mundo, qué de la sociedad

si cundieran esta forma de lirismo, esta mentalidad poética, si la mayoría de los pobladores de un país pensarán sintiesen y vieran las cosas al modo de estos vates? ¿Se concibe un pueblo constituido por una gran masa de estos espíritus y tales criterios? Podemos imaginar una comarca en que abunden los Goethes y Leontes y Vignys y Carduccis y Lamartines; nos agradecería y aprovecharía vivir en su compañía y comercio. Pero en la poética compañía de... Mas no personalicemos una cuestión que es de fundamental trascendencia estética.

Un hecho pone de relieve este «Índice»; los poetas aquí recopilados no representan, no pueden representar el alma uruguayo, no reflejan su encumbrada y luminosa ideología, sus precisas y nobles aspiraciones, el agudo sentido de las realidades que se cristaliza en sabias leyes y, por fin, su tendencia a una más sana y económica vida social. Esta poesía resulta, así, ser la caricatura de un cultísimo pueblo y no lo encarna en ninguna de sus múltiples y características modalidades. Al revés, lo que haría—si una benévola crítica hubiera de difundirla—sería desacreditarlo, socavar su prestigio intelectual en el mundo al mostrar que todo esto halla el favor y estímulo públicos. En realidad, no es obra patriótica exhibir ante el resto del continente estos frutos abortados o inmaturos como coronamiento y nimbo de las letras orientales. La genuina y digna forma de ensalzar y engrandecer a la patria es resucitar sus tradiciones gloriosas, proyectar sobre el futuro la lumbre de excelsos ideales que, cual la columna de fuego legendaria, guíe al pueblo a un destino de libertad y progreso. Y eso no lo intenta este enfermizo lirismo, tan egoísta y personal, tan vuelto a extravagantes ideas y sentires,

Es que cuando un escritor ansía dar a su obra un carácter de permanencia, de eternidad, necesita poner los ojos más allá del tiempo en que vive, más lejos del círculo estrecho, de los horizontes ofuscados que lo encierran. Debe pensar en los lectores de allende las fronteras, en los que en el futuro han de

juzgar su obra y que no tendrán tiempo sino para hacer lo excelente, lo representativo de una época y un pueblo. Con esta idea en el cerebro, impartirá a su creación más humano y universal sentido; y tendrá siempre en vista—no el aplauso benévolo y complaciente de coterráneos y amigos—sino el veredicto de la alta crítica de todos los tiempos.

Creo yo que sólo se escribe perfecta y duradera poesía, cuando se la piensa sometida al fallo de un jurado internacional de las autoridades en materia literaria. No tiene cabal conciencia de su obra, de la trascendencia en ella involucrada quien al escribirla no se pregunte una y muchas veces, no lo que opinarán fulano o mengano—periodistas, críticos de ocasión, compañeros de cenáculo, amigos de más buen espíritu que criterio—sino como juzgarían su libro Sainte-Beuve, Renan, Taine, Macaulay, Brandes, Carducci, Valera, Menéndez y Pelayo. Es la visión presente siempre de este imaginario y severo tribunal la que refrenaría muchas crudezas e intemperancias de fondo y de lenguaje, la que obligará a precisar las ideas, a esclarecer y depurar las sensaciones, substituyendo al capricho efímero y exótico, a la moda fugaz, la regla y la acabada perfección, el bruñido del bronce perenne. Ante aquel Areópago del buen gusto y la razonable, la natural estética—lo saben nuestros autores—no prosperarían estas clamorosas declamaciones, los fútiles adornos, la ficción de ideas y sentimientos que no tienen sólida base de fantasía y verdad. Con este saludable temor, el poeta, y en general todo hombre de letras, cuidará infinitamente más del fondo ideológico y de la forma, trabajará por embellecerla y renovarla, pero dentro de las líneas del arte, basado en una perdurable por cuanto sana psicología, y de la índole peculiar del idioma.

Y no se verá así el triste caso de un distinguido poeta, don Carlos Sabat Escaty, con originales y grandiosas ideas poéticas, fracasar por la absoluta insuficiencia de su composición y por el descuido de la forma llevado hasta el último extremo. Lo

nombro porque me parece uno de los mejor dotados y el más comprensivo de estos poetas, el de más encumbrada fantasía. Por lo mismo resulta más grande e impresionante su caída; es Icaro que se precipita al suelo, fundidas las frágiles alas de cera. Y sin embargo, su idea era bella, magnífica y tanto, que no sé que Vigny, Leconte o Leopardi la tuvieran más sublime, de más alto alcance filosófico y más soberano arranque lírico que la contenida, ¡ay sólo en potencia! en su poema sobre «el destino del hombre». Pues bien, este diamante incomparable resulta informe, opaco, pierde todo su fulgor por el perverso trato que recibe del poeta. ¿De qué se trata? en largos versos nos lo indica el señor Sabat Escaty: de narrar la evolución de la molécula mineral precósmica que, al través de metamorfosis infinitas, consigue arraigarse en este planeta y, creándose cualidades y atributos, engendrando fuerzas, modificándose en innumerables formas, plasmándose en millares de seres, llega, por fin, al término de su eternal carrera, a florecer en un cerebro humano en magnífica, divina eclosión de la inteligencia, y en resucitar, por la sola virtud del impulso vital primero, el proceso de la aparición del intelecto en el mundo, ¡La génesis de la mente y de la personalidad humanas! ¡Tema soberbio, asunto digno de los bardos máximos!, pero en sus líneas generales, asunto sencillo. Nuestro vate, sin embargo, lo ha complicado y desnaturalizado con intempestivas declamaciones y pormenores que le restan enormemente valer e interés. Véase, por ejemplo, uno de esos desdichados episodios en los avatares de la molécula generatriz del pensamiento. Es cuando el autor, (p. . . ) se pone a considerar largamente cómo el alma, el intelecto se le entró al cuerpo, dentro él todavía del vientre materno, y a conjeturar cuáles ideas sustentaba ahí. Incómodo, y por lo demás harto insólito, el local de inspección, el pensorio que diría el Aristófanes de las *Nubes*. Sólo un caso análogo de retroinspección conozco: el del inefable apóstol del *Nirvana*, que según refieren las crónicas budistas tuvo mil raras y portentosas

visiones, mientras en la entraña de la madre se preparaban a la vida de Maestro (1). Pero ¿no sienten los lectores que si en un hombre antiguo, en medio de una sociedad primitiva e ingenua, tales especulaciones intraviscerales eran disculpables, no pueden serlo, resultan chocantes, por decir lo menos, en un culto poeta de nuestros días? ¿No había maneras de insinuar la idea en dos palabras?...

Pero no continuemos en este género de consideraciones, y demos remate a este trabajo que, pascalianamente dicho, no ha habido tiempo de abreviar. Digamos en suma que este «Índice», más que una Antología, pudiera aparecer una lista de erratas de los bardos orientales. Y a fin de reposar el espíritu y purificarlo de las morbosas y malignas influencias de esta poesía, de volver a la sana belleza, a la perdurable tradición de arte clásico y perfecto, volvamos a releer alguna serena y radiosa página del insigne Emerson uruguayo, he nombrado a José Enrique Rodó.

Llolleo, Sptbre. 10 de 1935.

---

(1) No he estado en lo cierto al asegurar que no hay otro caso de inspiración basado en este tema, porque he aquí que un poeta francés, Blaise Cendrars, encuentra medio de superar todavía al poeta uruguayo. En la poesía «Le ventre de ma mère» escribe estas elevadísimas, estas radiosas estrofas:

«C' est mon premier domicile  
Il était tout arrondi,  
Bien souvent je m' imagine  
Ce que je pourrais bien être».

\* \* \*

Les pieds sur ton coeur, maman,  
Les genoux tout contre ton foie,  
Les mains crispées au canal  
Qui aboutissait a mon ventre»...

(Citado por el Dr. A. Marie en «La psychanalyse et les nouvelles méthodes d'investigations de l'inconscient», Paris, 1928, p. 214.